

Éticas

Colette Soler

Decimos «La ética psicoanalítica y las otras» porque “**la ética es relativa al discurso**”¹. Así pues, hay varias, en función de lo que ordenan los lazos sociales. Siguiendo las cuatro que distinguió Lacan, estarán la del amo, la de la histérica y la del universitario. Al que se añade el de los lazos del tiempo, nuestro tiempo, cuando el objeto del psicoanálisis, el objeto *a* de Lacan, se encuentra ahora «en el cenit social» del que ha eclipsado al significante amo, en beneficio de lazos mediados únicamente por el objeto. Lazos que son individualmente electivos, opcionales, y por lo tanto tan precarios como los gustos de cada uno, lo que no impide que acaben siendo asumidos en masa en la medida en que el mismo objeto se convierte en un factor común para muchos.

La ética psicoanalítica es la ética que, identificada o no, guía el acto psicoanalítico en el día a día del psicoanálisis, cuando hay psicoanálisis. Lo que tiene en común con la ética de nuestro tiempo es que es **opcional**, no es para todos, requiere un deseo específico, nuevo, el deseo dicho por Lacan... del analista. Este deseo no es menos indecible que cualquier otro, pero es un deseo de excepción, cuyo concepto está aún por precisar, porque, contrariamente a lo que vectoriza cada deseo individual, no es vehiculado ni por la cadena significativa de un Yo ni por el objeto al que engancha, y sin embargo es él quien causa el deseo analizante. Esta **ética del deseo**, que se opone a los imperativos de la voz fuerte del superyó, y cuyo camino - «avenida» en el término de Lacan - sigue el de la demanda, Lacan la describe en “Observación sobre el informe de Daniel Lagache” como una ética “del silencio”², una ética «convertida en silencio» por el hecho de que el deseo, «incompatible con la palabra», es indecible.

La ética del acto, es decir, de lo que opera, viene de ahí. Presupone este deseo y este silencio, pero no está orientada por ellos, ya que sólo “la demanda que hay que interpretar”³ puede decir su objeto. El analista opera cuando no piensa, y lo que no piensa es el objeto *a* en la medida en que “se sostiene en la lógica pura”⁴, la de los cuantificadores. En

¹ Lacan, J. (1974) Televisión. In: *Otros escritos*. Buenos Aires: Paidós, 2012, p. 567.

² Lacan, J. (1960) Observación sobre el informe de Daniel Lagache. In: *Escritos*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2003, p. 663

³ Lacan, J. (1973). Posfacio al Seminario 11. In: *Otros escritos*. Buenos Aires: Paidós, 2012, p. 531.

⁴ Lacan, J. (1968-1969) El acto psicoanalítico. Reseña del Seminario 1967-1968. In: *Otros escritos*. Buenos Aires: Paidós, 2012, p. 397.

consecuencia, “**en la ética que se inaugura con el acto** -uno nuevo, pues- (...) **la lógica comanda**”⁵.

Sin normas, por tanto, la ética del acto, pues si es la lógica la que comanda, se rechazan las normas, sean edípicas o sexuales, y se impone una práctica “sin valor”, ajena, por tanto, a cualquier axiología. Concordamos que este es un punto esencial para todos aquellos que se interesan por la importancia política del psicoanálisis, y por su papel en relación con las diversas ideologías de nuestro tiempo, ya las llamemos progresistas o reaccionarias, puesto que todas son normativas. Entonces, ¿qué es lo que la lógica comanda? Nada que podamos elegir; ella doblega la práctica al real del lenguaje, a sus imposibilidades y sus necesidades.

No sin un deseo de saber, sin embargo, la ética del acto. ¿No decía Lacan, refiriéndose al tocador sadiano y a las escuelas de la filosofía antigua, que “prepara(ban) la ciencia **rectificando la posición de la ética**”⁶? Lo confirman los pocos partidarios de la *gaya ciencia* [*gay savoir*] que, según “La carta a los italianos”, estuvieron en el origen del psicoanálisis.

Y si reconociéramos en estos mandamientos de la lógica una ética “cuyas manos están limpias porque no tiene manos”, como denunció otro, habría que ver adónde conduce a aquellos o a aquellas que se ponen a su alcance.

En efecto, la lógica preside **la dirección de todo análisis**, sea donde sea y en el lenguaje que sea, por lo real del lenguaje del que se sirve, es decir:

- más allá del medio-decir de la verdad y de la repetición, ambas necesarias
- en el punto en el que el supuesto sujeto de la transferencia desiste, es la “falla”, dice Lacan, es decir, el tropiezo en lo imposible donde “toda estrategia vacila”, donde hay un agujero en el cálculo posible,
- Es allí, sin embargo, donde cada individuo “tiene su **oportunidad de insurrección**”⁷, lejos de estar prisionero de esta estructura, con la cuestión de saber, lo que se impone al uno por uno, allí donde cesa la regencia del Otro. Ciertamente ningún fin estándar, y ciertamente ninguna compacidad ideológica, más bien la opción singular y liberadora de un deseo único, y/o la fijación de un síntoma, una elección de goce, o un decir *sinthome* singular... «La oscura decisión del ser» en acto. En todo caso, nada que constituya una multitud.

Tantos puntos en los que un *aggiornamento* sería muy útil.

⁵ *Ibid.*, p. 400.

⁶ Lacan, J. (1962) Kant com Sade. In: *Escritos*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2011, p. 727.

⁷ Lacan, J. (1970) Radiofonía. Respuesta a la Pregunta II. In: *Otros escritos*. Buenos Aires: Paidós, 2012, p. 431.

1ro de enero de 2025.